

Los sueños de Juan Marsé son mentira

Benjamín Prado

Tal vez una de las razones por las que Juan Marsé nunca podría haber sido William Faulkner, Juan Carlos Onetti o Gabriel García Márquez es que su Barcelona es justo lo contrario de Yoknapatawpha, Santa María y Macondo: no es un territorio imaginario en el que suceden historias que simbolizan la realidad, sino una ciudad auténtica habitada por personajes dos veces ficticios, la primera porque son inventados y la segunda porque fingen no ser ellos y tratan de escapar de sus vidas a base de negarlas, de contar y escuchar historias que les hagan sentir a ellos y creer a los demás que están en otra parte y les espera un destino diferente. Eso vale para *Últimas tardes con Teresa* y para *Un día volveré*; para *El embrujo de Shanghai* y para *Rabos de lagartija*; para los niños que intercambiaban aventuras en *Si te dicen que caí* y para los que lo hacen en esta nueva novela, *Caligrafía de los sueños*, con la que vuelve a las librerías tras ser galardonado con el premio Cervantes, en el año 2009, y en la que reconstruye una vez más la España destruida de la posguerra, de una manera tan característica que demuestra que cuando el propio García Márquez dijo que «uno escribe siempre el mismo libro distinto» no hablaba de la renuncia a la novedad sino de la conquista de un estilo.

Igual que en la mayoría de los poemas de su amigo y contemporáneo Ángel González, que describe esos años sin esperanza como un mundo en el que «quien no pudo morir / continuó andando», en las novelas de Marsé hablan los derrotados, y por eso uno no debe esperar de ellas ni finales felices ni más héroes que los que surgen del simple espíritu de supervivencia. En un

Caligrafía de los sueños, de Juan Marsé, acaba de ser publicada por la editorial Lumen.

momento en que la memoria tiene tantos enemigos, unos porque no les conviene mirar hacia atrás y otros porque sólo saben mirar hacia adelante, *Caligrafía de los sueños* recuerda los llamados *años del hambre* en nuestro país y sitúa la acción en el momento en que acaba la Segunda Guerra Mundial y se confirma el abandono en que los Aliados dejaron a España durante la Guerra Civil y después de ella: nadie iba a venir a echar al dictador, ni a devolvernos la democracia sino muy al contrario, porque el general golpista y su país sometido estaban a punto de convertirse, respectivamente, en el amigo americano y el garaje de la OTAN. La decepción es la rendición escrita de otra forma, y para explicar eso basta con ver el modo en que algunos de los protagonistas de *Caligrafía de los sueños* pasan de resistentes a contrabandistas y de la subversión al estraperlo y cómo a partir de entonces su cometido ya no sería cruzar la frontera con propaganda política sino con café, latas de conserva o el poco dinero que le pudiesen enviar los exiliados y sus familias. Un escenario perfecto para una historia de Juan Marsé, porque la fantasía es una flor que crece bien entre los escombros.

En un mundo tan particular como el del autor de *Ronda del Guinardó*, del que sólo se apartó del todo en *Canciones de amor en el Lolitas' club*, todo lleva a la autobiografía del autor y, sobre todo, a la de sus personajes, pero la primera resulta anecdótica y la segunda es esencial. Es cierto que el narrador de *Caligrafía de los sueños*, que se llama Domingo, quiere llamarse Ringo como el protagonista de *La diligencia* de John Ford y odia que le llamen Mingo, sin duda porque uno de esos apodos le permite soñar y el otro le abre los ojos, tiene muchos rasgos de Marsé: Ringo también tiene unos padres adoptivos a los que llega por pura casualidad, cuando al salir de un hospital en el que acababan de perder a su hijo y de recibir la noticia de que no podrían tener ningún otro, se subieron a un taxi conducido por un hombre cuya mujer también acababa de morir en la maternidad y que no sabía qué hacer con el bebé que la había sobrevivido; y su padre no biológico, el Matarratas, trabaja en los servicios de desinfección de locales públicos en Barcelona; y él quiere ser músico y termina siendo joyero. Pero lo que importa es que Ringo tiene un pasado en otra novela de Marsé, *Si te dicen que caí*, y que siga en el mismo lugar,

cruzándose con personajes que ya estaban en *El embrujo de Shanghai*, rodeado del miedo que obliga a los vencidos a esconderse, a hablar en voz baja y hasta a hacer una hoguera con sus libros, que los podrían delatar. Gente que sólo puede creer en sí misma si se cuenta mentiras piadosas, por lo que el personaje alrededor del cual gira la acción, la señora Mir, resulta un eje perfecto: ingenua, sin sitio a donde ir ni sitio del que escapar, a la deriva, víctima de su romanticismo y su alocada búsqueda de la felicidad y queriendo combatir las evidencias con la esperanza, igual que todos los que se refugian en la imaginación, que al fin y al cabo es una forma de ceguera. Es un personaje maravilloso, inolvidable, y un motor perfecto para una novela como *Caligrafía de los sueños*.

El regreso de Juan Marsé es una oportunidad inmejorable para continuar avanzando por su obra o para empezarla desde cero: la lees y ya estás en su mundo y conoces su opinión: la caligrafía con que escribimos los sueños es hermosa, es falsa y es nuestra única oportunidad ©